

forma definitiva del Norte. Los confederados se aprovecharon de ese sentimiento, decidiendo el envío a Londres de una misión diplomática extraoficial, integrada por los señores Slidell y Mason. Los norteaños tuvieron noticias de ese plan y, en noviembre de 1861, el navío unionista *San Jacinto* detuvo en alta mar al barco inglés *Trent* y capturó a Slidell y Mason que iban a bordo del mismo. Este incidente provocó una gran tensión entre Inglaterra y el gobierno de Lincoln, temiéndose el estallido de un conflicto armado.

En 1862 la situación nacional e internacional comenzó a cambiar para la causa norteaña. Después de las victorias iniciales de los confederados, los unionistas se fortalecieron paulatinamente. Aunque sus tropas eran inferiores en calidad a las de los sureños, superaban a éstas en cantidad y equipos. A consecuencia de ello, Inglaterra dejó de confiar en el triunfo de la causa de los rebeldes. Además, la industria textil de Manchester comenzó a buscar nuevas fuentes de algodón, incrementándose las importaciones de algodón egipcio y de la India, en sustitución parcial de los estados confederados. Por otra parte, si bien era cierto que el argumento "algodonero" tendía a inclinar la simpatía de Inglaterra hacia el Sur, el Norte esgrimía otro medio de presión, que era el del trigo. Buena parte de las importaciones inglesas de trigo provenía de la parte norte de Estados Unidos. Si Gran Bretaña, bajo la presión de sus intereses textiles, apoyaba al Sur, el Norte podía ejercer represalias, reteniendo o interrumpiendo la exportación de granos a Inglaterra. El "Rey Trigo" estaba en guerra con el "Rey Algodón" y, a medida que pasaba el tiempo y la India y Egipto fueron sustituyendo a la Confederación como suministradores de algodón, el "Rey Trigo" fue imponiéndose.

Por último, un factor muy importante que tendió a debilitar el respaldo británico al Sur y a mejorar las relaciones de Londres con el gobierno de Lincoln lo constituyó la clase obrera inglesa. En aquellos años, que eran los del desarrollo del sindicalismo y de la conciencia clasista del proletariado europeo —la Primera Internacional fue fundada en Londres en 1864—, los trabajadores ingleses reconocieron claramente el contenido progresista de la lucha norteaña contra el esclavismo. A pesar de que el bloqueo norteaño al Sur y la consecuente disminución del abastecimiento algodone-ro golpeaba duramente a los obreros textiles ingleses, causando una desocupación masiva, estos trabajadores mostraron una admirable solidaridad con los norteamericanos que luchaban por la libertad del pueblo y la abolición de la esclavitud. Organizaron grandes manifestaciones de apoyo a la causa norteaña y de protesta contra la política pro sureña de su gobierno. Los trabajadores norteamericanos, a su vez, les enviaron mensajes de agradecimiento y dinero para ser utilizado en beneficio de quienes quedaban cesantes por efecto del bloqueo a las zonas algodoneeras.

En 1863 y 1864 esa solidaridad entre los trabajadores del norte estadounidense y de Gran Bretaña se intensificó. En 1864 Carlos Marx, quien fungía en ese entonces como secretario de la Asociación Internacional de Trabajadores, dirigió un telegrama a Lincoln en el cual le expresaba el fervoroso respaldo de los trabajadores del mundo en la lucha por la emancipación de los esclavos. Lincoln había clarificado por su parte el aspecto social e ideológico de la guerra, al emitir la primera Proclamación de Emancipación el 23 de noviembre de 1862, y la segunda y definitiva el 1° de enero de 1863. La primera proclamación emancipaba a todos los esclavos en las áreas rebeldes; la segunda declaraba abolida la esclavitud igualmente

te en zonas leales al gobierno federal. Los esclavistas leales serían indemnizados, a diferencia de los rebeldes. Con estas medidas, la opinión pública del mundo exterior se volcaba mayoritariamente en favor del Norte. En Gran Bretaña no sólo los obreros sino también la clase media se movilizaban en favor de Lincoln y en contra de que continuara la ayuda que, discretamente, bajo presión de los capitalistas y los aristócratas, se venía prestando al Sur. Dicha ayuda había llegado hasta el punto de suministrar barcos de guerra, disfrazados de mercantes, a la armada de los estados confederados. Uno de esos barcos, el *Alabama*, enviado a América en 1862, fue objeto de protestas del gobierno federal y, eventualmente, de un célebre arbitraje internacional.

Durante los últimos dos años de la Guerra de Secesión, se hizo cada vez más evidente que la victoria final sería del Norte. La sociedad burguesa industrial arrollaría a la sociedad aristocrática y agrícola. Con su acostumbrado pragmatismo, los dirigentes económicos y políticos de Inglaterra se acomodaron a la realidad, que era la del nacimiento de una nueva potencia capitalista moderna, liberada del lastre que habían significado las anacrónicas estructuras elitistas y esclavistas del Sur.

La intervención francesa en México

Durante la Guerra de Secesión, Estados Unidos se encontraba en la incapacidad de aplicar la Doctrina Monroe. Este hecho alentó a las potencias europeas a emprender aventuras colonialistas o recolonizadoras en América Latina. Durante el lapso que coincide con la guerra civil norteamericana, Francia ocupó México, y España intentó la reimplantación de su poder en Santo Domingo y en la región del Pacífico sudamericano. Con su relativa debilidad militar y económica, Estados Unidos y su Doctrina Monroe gozaban de suficiente prestigio en el ámbito mundial como para constituir un obstáculo a las intervenciones más directas. Además de ello, nada podía hacerse en contra de la voluntad de Gran Bretaña. Las intervenciones de Francia y España durante los años 1862-1865 gozaban de la tolerancia inglesa, y este hecho tenía una importancia por lo menos igual a la que revestía la no aplicabilidad de la Doctrina Monroe.

En México, desde 1854, los bandos conservador y liberal estuvieron enfrascados en ardua lucha que, a partir del año 1858, tuvo las características de un conflicto armado en gran escala: la Guerra de la Reforma. En el bando conservador se alineaban la oligarquía latifundista y el alto clero, baluarte del tradicionalismo y de las formas semifeudales. Los liberales, por su parte, como representantes de capas medias y populares, elaboraron el programa de la Reforma que preveía la implantación de la democracia, la separación entre Estado e Iglesia, el fomento a la escuela pública y laica, y la reforma agraria con base en la expropiación de los latifundios clericales. La lucha entre la oligarquía y las capas medias liberales fue feroz: de una y otra parte se odiaban y aniquilaban; los unos y los otros movilizaban contingentes campesinos. Si bien la mayoría del campesinado mexicano reconocía que la Reforma defendía sus intereses, o por lo menos representaba un paso desde una servidumbre insostenible hacia una condición más libre y más digna, muchos humildes habitantes del agro luchaban contra la causa de su propia emancipación social y política, por motivos de temor y fanatismo religiosos: el clero reaccionario

identificaba la causa latifundista con Cristo y la Virgen de Guadalupe, prometiendo el cielo a quienes defendieran los privilegios, y el infierno a quienes pelearan por la democracia. La Reforma, llegada al poder bajo la jefatura de Benito Juárez, proclamó la Constitución liberal de 1857. En 1858 los conservadores conducidos por Miramón desencadenaron la guerra contra los liberales. Pero las fuerzas populares se impusieron paulatinamente, y en 1861 Juárez volvió a ocupar la capital del país, y estableció su gobierno.

Uno de los primeros actos del gobierno de Juárez —expresión de la aspiración democrática y patriótica de las clases medias y populares— fue el de revisar las medidas fiscales de sus predecesores oligárquicos y suspender el pago de la deuda externa mientras se efectuaban las averiguaciones necesarias sobre los orígenes y las negociaciones de dicha deuda. La suspensión de los pagos al exterior fue tomada como pretexto por la oposición conservadora mexicana para alentar a las potencias acreedoras a intervenir en el país contra un gobierno popular que “no respetaba la propiedad privada”. La oligarquía latifundista y los capitalistas extranjeros se unieron en un sólido frente para tratar de derrocar a Juárez y someter a México nuevamente a la dominación conjunta del capital europeo y del feudalismo nativo.

En octubre de 1861, Gran Bretaña, Francia y España resolvieron emprender una intervención armada conjunta para obligar a Juárez a pagar la deuda externa y para “proteger sus respectivos intereses” en México. La guerra civil norteamericana y la imposibilidad práctica de aplicar la Doctrina Monroe los alentaron en su empresa. En diciembre de 1861 tropas expedicionarias españolas desembarcaron en México, las francesas y las británicas les siguieron en enero de 1862. Francia se mostraba más agresiva que las otras dos potencias: Napoleón III, deseoso de imitar a su gran tío, soñaba con un imperio francés en América. Inglaterra y España se mostraron satisfechas con las seguridades que Juárez les dio (los pagos al exterior serían reanudados en breve), y optaron por retirar sus fuerzas de México. Los franceses, empero, rechazaron todo arreglo pacífico con el gobierno de la Reforma, y prosiguieron la guerra en unión con las tropas contrarrevolucionarias del general Miramón. Los liberales tuvieron que replegarse ante la superioridad del armamento francés y conservador, y en junio de 1863 las tropas extranjeras y sus aliados de la oligarquía nativa ocuparon la capital mexicana. Las fuerzas populares, comandadas por Juárez, continuaron su resistencia al invasor en las zonas rurales del país.

Bajo la protección de los franceses, la oligarquía mexicana se reunió en asamblea nacional y decidió establecer un régimen monárquico. Se buscaba en Europa, por intermedio de Napoleón III, un príncipe que estuviera dispuesto a asumir la corona imperial de México. Mientras tanto, el país estaría gobernado por una junta de regencia.

Napoleón III logró convencer a Maximiliano de Habsburgo, hermano del emperador austríaco Francisco José, de que aceptara el trono mexicano. Maximiliano, hombre de carácter apacible y de mente ingenua, se dejó convencer (por el monarca francés, así como por su propia esposa, la ambiciosa Carlota, hija de Leopoldo I de Bélgica) de que Dios y el pueblo mexicano lo habían escogido como su instrumento y su señor, respectivamente. Aceptó el trono y Napoleón III quedó satisfecho: junto con algunos de los puntales del mundo financiero de París, esbozó planes para el establecimiento de un gran protectorado francés en el Nuevo Mundo, que abarcaría no sólo México sino que se extendería luego hacia las Antillas y Centroamérica.

En 1864 Maximiliano y Carlota llegaron a México y fueron coronados emperador y emperatriz. Napoleón III les prometió que las tropas francesas permanecerían en el país para pacificarlo cabalmente y garantizar la estabilidad del reino. Pero esta promesa no se cumplió. En primer término, el pueblo mexicano dirigido por Juárez continuó su lucha contra el usurpador extranjero y paulatinamente socavó el régimen imperial. La represión se hizo cada vez más difícil y costosa, causando serios problemas al fisco francés. Por otra parte, Estados Unidos, que ya había superado la Guerra de Secesión, comenzó desde 1865 a presionar fuertemente para que Francia retirase sus fuerzas de México. El gobierno norteamericano hizo saber a Francia que consideraba la ocupación de México como un acto francamente inamistoso. Por último, Napoleón III tuvo motivos, derivados de la dinámica política europea, para desear el abandono de la aventura mexicana. A partir del estallido de la Guerra de los Ducados en 1864, Prusia y Austria se encontraban enfrentados, y Francia podría verse envuelta en un eventual conflicto militar, debiendo por ello concentrar sus fuerzas en Europa y repatriar a los contingentes destacados en países lejanos.

En 1866 Napoleón III dijo claramente a Maximiliano que se veía obligado a retirar sus tropas de México y a abandonarlo a su suerte. Aconsejó al infortunado usurpador que saliera del país para salvar su vida. Maximiliano estuvo a punto de adular y seguir el consejo de Napoleón, pero Carlota lo disuadió; con gran elocuencia y dramatismo convenció a su marido de que él no debía renunciar a la misión que Dios le había confiado. Con la intención de buscar ayuda para salvar el trono de Maximiliano, Carlota viajó a Europa, pero se encontró con el frío rechazo de Napoleón III y la negativa igualmente firme, aunque más gentil en su forma, del emperador de Austria. Después de haberse entrevistado con el Papa, quien a su vez le aconsejó persuadir a Maximiliano para que huyera de México, Carlota perdió la razón y tuvo que ser recluida en un asilo. Entre tanto Maximiliano, solo y casi cercado por sus enemigos, optó por el sacrificio: rechazó las últimas oportunidades de ponerse a salvo y, en el mes de junio de 1867, fue capturado por las victoriosas fuerzas de Benito Juárez. Este, consciente de su deber de disuadir a cualquier futuro usurpador extranjero, hizo fusilar a Maximiliano junto con los traidores Miramón y Mejía, en Querétaro, el día 19 de junio de 1867. Maximiliano murió con admirable entereza. Un hombre con grandes virtudes personales pero carente de todo sentido de la realidad histórica y política. La principal responsabilidad de su destrucción la tuvo sin duda Napoleón III.

Así terminó la intervención francesa en México, una de las tres aventuras europeas en el Nuevo Mundo durante la Guerra de Secesión norteamericana.

Centroamérica y el Caribe: intervenciones norteamericanas

A pesar del Tratado Clayton-Bulwer, suscrito en 1850 entre Inglaterra y Estados Unidos, no cesaron las intervenciones de ciudadanos de esta última potencia en los asuntos internos de América Central. Los expansionistas sureños no aceptaron el arreglo con Gran Bretaña y continuaron impulsando una política de “Destino Manifiesto” y de expansionismo sin límites.

En Nicaragua los liberales, derrotados en 1845 al cabo de un conflicto civil, prepararon su retorno al poder organizando una expedición desde el territorio norteamericano, con el apoyo activo de elementos de ese país. El aventurero William Walker, jefe de una pandilla de mercenarios conocidos como "los filibusteros", fue contratado por hombres de negocios del sur de Estados Unidos, que aspiraban a continuar su expansión meridional, y apoyaban al bando rebelde nicaragüense. Walker y los "filibusteros" invadieron y dominaron Nicaragua en 1855. En lugar de entregar el poder a los rebeldes nicaragüenses, Walker estableció su propia dictadura personal sobre el país y preparó, desde Managua, la conquista de toda la América Central. Ante las protestas centroamericanas e inglesas, el gobierno de Estados Unidos declaró no tener responsabilidad alguna en el asunto, expresando que Walker actuaba por su propia cuenta, al margen de la ley. Sin embargo, era público y notorio el respaldo que los sectores económicos influyentes del sur de Estados Unidos daban a los filibusteros y la simpatía con que miraban dicho respaldo importantes hombres públicos norteamericanos, así como órganos de prensa de ese país.

Toda Centroamérica se unió contra Walker en la llamada "Guerra de los filibusteros" y logró expulsarlo del istmo en 1857. Sin embargo, el jefe filibustero no se dio por vencido y realizó una segunda invasión a Centroamérica en ese mismo año. Nuevamente fue obligado a retirarse. Volvió a la carga por tercera vez en 1860, pero esta vez se encontró con unidades navales británicas movilizadas en defensa de la integridad centroamericana. Walker fue capturado por los ingleses, quienes lo entregaron a los centroamericanos para ser condenado a muerte y fusilado.

Durante el mismo período, Estados Unidos intensificó sus maniobras para apoderarse de la isla de Cuba. Como ya se señaló, desde Jefferson existió en Norteamérica un designio geoestratégico para la eventual anexión de Cuba. John Quincy Adams había realizado gestiones para asegurarse de que Cuba quedara bajo la débil dominación española, y para que algún día pasara a manos de Estados Unidos "como una fruta madura". El teórico de la geopolítica norteamericana, el almirante Mahan, enfatizó a su vez la importancia de que su país dominase las islas y los mares ubicados en proximidad estratégica. Como ya se mencionó, el presidente Polk ofreció comprar Cuba por 100.000 dólares en 1848. De 1849 a 1850 Narciso López, respaldado por los sureños norteamericanos, realizó sus intentos por liberar a Cuba de los españoles para unirla o asociarla con Estados Unidos.

En 1853, luego de la presidencia liberal de Fillmore, los demócratas volvieron al poder en Estados Unidos con Franklin Pierce como presidente. Al asumir el mando, Pierce prometió "no dejarse desviar del expansionismo" y, como prueba de ello, su administración emprendió nuevos intentos de adquirir la isla de Cuba. En 1854 ofreció a España la suma de 130 millones de dólares, a la vez que la amenazó con motivo de un incidente marítimo que había tenido lugar. Sin embargo, España se mostró firme y no aceptó vender su posición colonial más valiosa. En el sur de Estados Unidos era fuerte la presión política en favor de una invasión armada a la isla. Los hacendados y comerciantes de "Dixie" difundieron el rumor de que Gran Bretaña abrigaba un plan para adquirir Cuba, emancipar a los esclavos en la isla y establecer una "república africanizada" que serviría de base para la subversión antiesclavista en Estados Unidos. Como parte de esa presión, tres ministros plenipotenciarios norteamericanos acreditados en capitales europeas se reunieron

en la ciudad belga de Ostende y enviaron un memorando al presidente Pierce, recomendando la conquista de Cuba por la fuerza. En la propia isla, el Club de La Habana —expresión política de la oligarquía azucarera— era partidario de echar a los españoles y unirse a Estados Unidos, en estrecha armonía con los esclavistas sureños. Pero los proestadounidenses tenían en su contra las capas medias cubanas, cuyos elementos políticamente pensantes y activos se dividían en autonomistas (reformistas que exigían mayor autonomía política para la isla, sin independizarla completamente de la metrópoli española) y patriotas partidarios de una "Cuba cubana", libre de cualquier dominación extranjera.

Para 1868 el movimiento patriota había adquirido suficiente fuerza y respaldo como para alzarse en armas contra España. El ambiente internacional —caída de Maximiliano en México, ascenso nacional de Italia y Alemania contra las potencias viejas, derrota de las aspiraciones hegemónicas españolas en Santo Domingo y París— ciertamente favoreció el alzamiento. Los rebeldes proclamaron la Primera República que se mantuvo durante diez años en constante lucha armada contra la potencia española. Sin embargo, para 1878 la fuerza colonialista se impuso y el gobierno de Tomás Estrada Palma se vio obligado a capitular. Pero el pueblo no estaba vencido: la lucha independentista continuó en forma de incesantes acciones guerrilleras.

Intervenciones españolas en Santo Domingo y en Sudamérica

República Dominicana, que se había liberado de Haití en 1844 y se había defendido exitosamente de un intento haitiano de reconquista efectuado en 1849 por el general Faustino Soulouque, fue invadida nuevamente en 1855. Siguiendo el ejemplo de Luis Napoleón Bonaparte, Soulouque se había hecho coronar emperador y sus ambiciones territoriales no tenían límites. Después de repeler en dura lucha esta nueva agresión haitiana, los dominicanos se encontraron divididos en tres tendencias en lo que respecta a las relaciones exteriores de su país. El general Pedro Santana y los sectores conservadores propusieron la unión con España. Un sector de la clase terrateniente se inclinaba hacia una unión o asociación con Estados Unidos. Los unos y los otros buscaban la protección extranjera frente al peligro de un eventual levantamiento de esclavos, posiblemente respaldados por la república negra de Haití. En cambio, los liberales, posiblemente respaldados por la república eran partidarios de la libertad nacional irrestricta.

En 1859 el gobierno conservador de Santo Domingo se dirigió oficialmente a España proponiendo un posible acuerdo de protectorado. El reino peninsular asumiría su defensa y su representación diplomática, respetando la autonomía interna de los dominicanos.

En un primer momento, el gobierno español respondió negativamente, por temor de provocar a Estados Unidos. Sin embargo, en 1860, ante la insistencia dominicana, España envió una misión de estudio y de negociación a Santo Domingo.

En 1861, el presidente Pedro Santana —unilateralmente— proclamó la unión de Santo Domingo con España. El gobierno de Madrid esta vez aceptó el llamado

rable respaldo popular, a la vez que fue excedido por los grandes territorios deseosos de vincularse al mercado exterior), Paraguay floreció en la agricultura, la cría y las manufacturas para consumo interno. Al mismo tiempo, se realizó un exitoso programa de educación y capacitación del pueblo.

Carlos Antonio López, quien sucedió a Rodríguez de Francia en el mando, dio al país al comercio internacional en cierta medida, pero mantuvo, con todo ello, una política proteccionista y de control estricto sobre las vías de navegación fluvial que comunican Paraguay con el mundo exterior. Esa política molestó a los ingleses quienes habían esperado que la muerte del doctor Rodríguez de Francia significara la apertura plena del país. También Brasil sentía disgusto por el control nacionalista paraguayo sobre la navegación fluvial.

Francisco Solano López, presidente desde 1862 e hijo de quien le precedió en el mando, fue el heredero de la política nacionalista iniciada por Rodríguez de Francia y continuada en forma más matizada por el primer López. A diferencia de su padre, quien había sido un brillante jurista y talentoso diplomático, Francisco Solano López era rudo e inclinado a confiar sobre todo en la fuerza militar. Su sincero patriotismo iba acompañado de cierto grado de arrogancia y de inflexibilidad. Se especula acerca de la influencia que puede haber tenido su mujer, la irlandesa Elisa Lynch, en el sentido de estimularlo en su política de desafío frente a la potencia británica y los aliados de ésta.

Al observar la situación uruguaya y el alzamiento de Venancio Flores —apoyado por los intereses comerciales británicos— contra el gobierno de Anastasio Aguirre, el presidente Francisco Solano López sintió inquietud. Claramente, las potencias estaban maniobrando en el sentido de implantar en Sudamérica gobiernos dóciles, partidarios de la apertura irrestricta a las importaciones. Ante los sucesos uruguayos, López fortaleció su control sobre los ríos y tomó medidas de defensa política brasileña, orientada hacia la más estrecha colaboración con los ingleses. Así como estos últimos buscaban la manera de penetrar económicamente en Paraguay y conseguir la libre navegación en sus aguas fluviales, Brasil perseguía el objetivo de engrandecer su territorio a expensas de los paraguayos.

En 1864, Brasil —cuyos nacionales habían sufrido daños a manos de las fuerzas de Aguirre— resolvió dar su total apoyo a los colorados uruguayos y a su jefe Venancio Flores. Antes de terminar el año, Brasil reconoció a Flores como legítimo gobernante de Uruguay y abrió operaciones de guerra contra Aguirre y los blancos. Esta intervención militar brasileña en Uruguay llevó a Francisco Solano López a preparar una contrainteracción, en apoyo al gobierno amigo de Aguirre. Estimando que la intervención brasileña constituía un *casus belli*, declaró la guerra a su enorme vecino norteño. Para poder cumplir con su compromiso de ayudar al gobierno de Aguirre, López pidió permiso al presidente argentino, Bartolomé Mitre, para poder atravesar con sus tropas la provincia argentina de Corrientes. Mitre contestó negativamente y movilizó sus fuerzas contra López, quien replicó con una declaración de guerra. De esa manera, el pequeño Paraguay nacionalista quedó enfrentado a la poderosa alianza de Brasil con Argentina, a la que se unió Uruguay, gobernado desde febrero de 1865 por Venancio Flores. Inglaterra y Francia brindaron su apoyo financiero y político a la Triple Alianza y movilizaron la opinión mundial en contra del "tirano" y "bárbaro" Francisco Solano López.

La guerra comenzó por una ofensiva de los paraguayos en 1865, seguida de una contraofensiva de los aliados. En 1866 López abrió contactos con Mitre, con el fin de buscar las bases para una tregua y una paz eventual. El mandatario paraguayo se encontró ante una actitud intransigente de la Triple Alianza, cuyos integrantes insistieron en la apertura de los ríos y en la cesión de territorio paraguayo a Brasil y Argentina. Rechazadas las exigencias aliadas, la lucha recomenzó con inaudita ferocidad. Frente a los numerosos y bien armados ejércitos de la Triple Alianza, Paraguay movilizó a su pueblo y realizó una de las epopeyas defensivas más extraordinarias y heroicas de la historia de la humanidad. Después de quedar diezmada la población masculina adulta, se movilizaron las mujeres y los niños, y continuó la lucha. En las últimas batallas, el mariscal López comandaba unidades de muchachos entre los 10 y los 14 años de edad. Hasta el fin, el pueblo paraguayo resistió a su caudillo en la más tenaz y sacrificada de todas las resistencias.

Antes de la guerra, la población de Paraguay había sido de un millón de personas aproximadamente. La mitad —unos 500.000— pereció en la Guerra de la Triple Alianza; ¡la población masculina adulta fue reducida a 30.000! La economía del país quedó totalmente en ruinas.

La resistencia paraguaya cesó en 1870, después de que el propio Solano López había caído en la batalla de Cerro Corá. Ya en 1869 un gobierno paraguayo espurio, opuesto a Solano López, había firmado un convenio de paz. La intención original de los vencedores parece haber sido la de desmembrar totalmente Paraguay, pero las divergencias que pronto surgieron entre argentinos y brasileños impidieron que se consumara tal designio. Los gobiernos de Buenos Aires y de Río de Janeiro llegaron hasta el borde del conflicto armado por sus diferencias sobre el arreglo territorial definitivo. Por los términos de la paz definitiva firmada en convenios sucesivos en 1870, 1871, 1872 y años posteriores, Paraguay perdió territorio en beneficio tanto de Brasil como de Argentina, pero conservó su integridad fundamental. Perdió su salida al Atlántico por el río Uruguay, dependiendo a partir de entonces de la vía fluvial Paraná-Plata, controlada por Argentina. Económicamente, y hasta ahora, Paraguay no se ha recuperado de la destrucción causada por la guerra; por otra parte, el capitalismo europeo se benefició con su derrota, tomando en sus manos el control de su mercado y de su sistema financiero. Así como Brasil y Argentina lograron ventajas territoriales de la guerra contra Paraguay, y los uruguayos se aprovecharon de ella para consolidar su unidad y su poder nacional, Inglaterra y Francia triunfaron a través de la conquista económica indirecta del espacio paraguayo y la liquidación de un nacionalismo que obstaculizaba la libre penetración de las mercancías europeas al corazón del continente sudamericano.

La Segunda Guerra del Pacífico

La Segunda Guerra del Pacífico tuvo por actores a Chile de un lado, y a Perú y Bolivia del otro. Intereses capitalistas europeos, fundamentalmente ingleses, desempeñaron un importante papel en el conflicto, alineándose con el bando chileno vencedor.

Desde mediados del siglo la economía de la costa del Pacífico sudamericano experimentó cambios significativos. La explotación de guano, que había constitui-

do la principal actividad en las primeras décadas después de la independencia, pasó a un segundo plano, ocupando el primer lugar la producción de nitratos o salitre. Desde 1860 la penetración capitalista extranjera cambió de la simple importación de mercancías a la de capitales. Inversiones inglesas y de otras procedencias contribuyeron a desarrollar la industria de nitratos tanto en Chile como en Bolivia y en Perú.

En un segundo lugar, después de la rivalidad en materia de nitratos, existía la competencia entre los puertos marítimos. Chile, Bolivia y Perú rivalizaban por constituir el primer emporio comercial y portuario en la costa del Pacífico. Valparaíso, Antofagasta y El Callao se esforzaban, cada uno, por atraer el mayor volumen de tráfico marítimo.

Por último, la rivalidad entre los tres países se expresaba en el terreno militar y político. Los gobiernos velaban ansiosamente por el mantenimiento de un equilibrio de fuerzas que no menoscabara la seguridad ni el peso político de ninguno.

La zona de explotación de nitratos se encontraba entre los paralelos 19 y 25 Sur, en los territorios de Perú, Bolivia y Chile. Intereses salitreros chilenos, unidos a inversionistas británicos, pidieron permiso para extender sus actividades en el territorio de Bolivia hasta el paralelo 23. En 1866 el dictador boliviano Mariano Melgarejo, siempre complaciente ante las potencias extranjeras que halagaban su vanidad personal, cedió territorio a Chile, fijándose la frontera entre los dos países en el paralelo 24. Así mismo, se acordó que toda la zona comprendida entre los paralelos 23 y 25 sería accesible para empresas de ambos países, los cuales, por otra parte, se repartirían por partes iguales los ingresos fiscales derivados de la actividad salitrera en la zona. Chile trató de que Melgarejo aceptara al mismo tiempo un acuerdo secreto, según el cual el país sureño ayudaría a Bolivia a conquistar por la fuerza las provincias peruanas de Tarapacá, Tacna y Arica, si Bolivia, después de haberlas anexado, renunciaba a su litoral situado más al Sur, en beneficio de Chile. El dictador boliviano rechazó ese ofrecimiento, y posteriormente los peruanos se enteraron del mismo, concibiendo una intensa desconfianza hacia el gobierno chileno y llegando a considerarlo como su enemigo natural.

Melgarejo fue derrocado en 1871, y dos años después Bolivia y Perú suscribieron un acuerdo para impedir el retorno del dictador. Por otra parte, preocupados ante el creciente poderío de Chile y las tendencias expansionistas de ese país, firmaron un acuerdo secreto de asistencia militar mutua en caso de que uno de ellos fuese atacado por los chilenos.

Sin embargo, Bolivia estuvo dispuesta a buscar un arreglo pacífico con su fuerte vecino del Sur. En 1874, un convenio boliviano-chileno ratificó los límites trazados con Melgarejo en 1866 a lo largo del paralelo 24; así mismo, Bolivia se comprometió a no aumentar, durante un lapso de 25 años, los impuestos pagaderos por personas o empresas de nacionalidad chilena que trabajaran en la explotación de nitratos en territorio boliviano. A cambio de ello, Chile renunció a participar en los ingresos fiscales percibidos en la zona situada más al norte de la frontera.

En esa época se desarrollaba en Perú una tendencia nacionalista, tendiente a imponer un mayor control del Estado sobre las actividades económicas. Los sectores dominantes peruanos habían tenido divergencias con el capital extranjero, beneficiario de mayores ventajas en Chile. En 1875, después de haber aumentado

los impuestos sobre la exportación de nitratos, Perú influyó sobre Bolivia para que ese país, a su vez, hiciera lo mismo. Chile ejerció presiones y convenció a los bolivianos para que nuevamente redujesen los impuestos mencionados. Pero en 1878 Bolivia volvió a la carga, imponiendo una elevada tributación a las exportaciones, lo que afectó particularmente a la Compañía de Nitratos de Antofagasta, establecida en territorio boliviano por capitalistas chilenos e ingleses. La compañía se negó a pagar los impuestos en cuestión, desafiando abiertamente al gobierno boliviano, por lo cual éste resolvió intervenir y ocupar la empresa. Ese acto de soberanía nacional afectó directamente a la burguesía chilena así como a poderosos intereses capitalistas británicos. Chile protestó, presentó un ultimátum y envió tropas contra Antofagasta. Como respuesta a ese ataque, Bolivia declaró la guerra, y Perú, obligado por el Tratado de 1873, hizo lo mismo. Las operaciones bélicas se iniciaron en el mes de febrero de 1879.

La guerra duró cuatro años y ocasionó severas pérdidas a los ejércitos combatientes. Chile iba triunfando desde el comienzo. Más adelantada que sus enemigos en el plano de la organización militar y civil, y en mejor posición económica, respaldada además por las principales fuerzas financieras extranjeras, la potencia chilena se apoderó progresivamente de toda la costa de Bolivia y de algunas partes del litoral peruano, llegando incluso a ocupar la ciudad de Lima.

Estados Unidos, que para esa época pretendía actuar como árbitro en los asuntos políticos de toda América, ofreció su mediación en el conflicto pero los chilenos, seguros de su triunfo, rechazaron los buenos oficios de la nación del Norte. Ante el avance de las tropas chilenas hasta Lima, Perú pidió la paz y acudió a una conferencia de paz en la ciudad de Ancón.

El Tratado de Ancón, firmado en 1883 y ratificado un año después, otorga a Chile el derecho de seguir ocupando las provincias peruanas de Tacna y de Arica por un lapso de diez años. En cambio, Chile devolvió a Perú la provincia de Tarapacá que sus fuerzas habían ocupado igualmente. Al cabo de diez años de ocupación chilena, las poblaciones de Tacna y Arica se pronunciarían a través de un plebiscito en favor de pertenecer a Chile o a Perú. El país perdedor en la consulta popular recibiría del ganador una indemnización de 10 millones de pesos de plata.

El plebiscito prometido no se llevó a efecto. Los intereses económicos chilenos e internacionales tomaron posesión de los recursos de Tacna y de Arica y se quedaron a una eventual posesión de esas provincias a Perú. Este país reclamó en muchas ocasiones su derecho a un plebiscito, pero el problema quedó sin solución hasta la tercera década del siglo XX. En 1926 el gobierno peruano ejerció acciones tan fuertes, acompañadas de amenazas de guerra, que Estados Unidos prestó sobre Chile para que aceptara una solución salomónica. Por un acuerdo del año 1929, Arica quedó definitivamente anexada a Chile, mientras que Tacna fue devuelta a Perú.

Bolivia siguió resistiendo la ofensiva chilena durante varios meses después de que Perú se retiró de la lucha. Pero en diciembre de 1883 las fuerzas bolivianas a su vez tuvieron que pedir tregua y, más tarde, un tratado de paz derivó en la entrega de todo el litoral boliviano a Chile. A cambio de esa importante anexión, Chile prometió libre paso a las personas y mercancías bolivianas a través de su territorio hacia la costa. Así mismo, en 1895 se suscribió un tratado de amistad chileno-boliviano, por el cual Chile transferiría a Bolivia parte de Tacna y Arica si estas

provincias se pronunciasen en favor de la nación chilena. En la práctica nada de esto se hizo, y Bolivia sigue reclamando, hasta el día de hoy, su salida al mar.

El efecto global de la Segunda Guerra del Pacífico fue el de fortalecer extraordinariamente a Chile en lo económico y en lo político, engrandeciéndolo territorialmente al país y convirtiéndolo en la primera potencia del Pacífico sudamericano. Benefició así mismo al capitalismo inglés, que había apostado sobre la victoria chilena y tenía en ese país sus principales inversiones de la región del Pacífico. Por su parte, Perú quedó seriamente golpeado y traumatizado por la derrota. Sus enormes gastos militares y la pérdida de Tacna y Arica lo perjudicaron económicamente, y su vida política quedó marcada por la acción de militares frustrados a causa de la guerra perdida. Bolivia fue el país que más sufrió, tanto en lo territorial como en lo económico y lo político, quedando aislado en el interior del continente, separado de su litoral tradicional. A partir de entonces, la economía boliviana comenzó a girar en torno a la producción de estaño, ya que los nitratos estaban perdidos. El altiplano pasó a predominar en la vida del país, empobrecido y resentido.

Resumen

La época comprendida entre 1853 y 1883 corresponde en escala mundial al período de la segunda revolución industrial y a la formación del capitalismo financiero, precursor del imperialismo plenamente desarrollado. En América Latina, la época se caracteriza por la penetración del capital europeo y por grandes conflictos provocados en parte por la presencia de las inversiones extranjeras y por las rivalidades entre potencias externas.

En Estados Unidos, las dos sociedades que coexistían dentro de un solo país chocaron violentamente; tras cuatro años de dura y sangrienta lucha, la sociedad burguesa e industrial del Norte derrotó a la sociedad aristocrática y agraria del Sur. Finalizados los combates, Norteamérica entró en una etapa de rápido desarrollo capitalista y vino a ocupar su puesto entre las potencias industrializadas imperialistas.

La incapacidad en que ya se encontraba Estados Unidos durante la Guerra de Secesión para aplicar la Doctrina Monroe, alentó a algunos países europeos a emprender, con ánimo recolonizador, intervenciones en el Nuevo Mundo. La Francia de Luis Napoleón Bonaparte intervino en México e impuso a ese país al emperador Maximiliano de Austria. Ante el llamado del bando conservador, España recolonizó Santo Domingo e intervino en Perú. Sin embargo, la resistencia popular contra esas intervenciones, junto con protestas norteamericanas emitidas a partir del fin de su contienda civil, pronto obligó a franceses y españoles a retirarse nuevamente de América.

Estados Unidos, por su parte, manifestó su tendencia expansionista frente a Cuba y Centroamérica. La oligarquía latifundista y comercial de los estados del sur constituyó el principal baluarte de esas tendencias hacia la conquista de territorios latinoamericanos.

Durante el mismo lapso, Sudamérica fue teatro de conflictos en los cuales participó indirectamente el preimperialismo financiero europeo. En la Guerra de la

| | | | | | |
|-----|----------------|--------|--------------------------|-----------------------|--------------------------|
| Año | Estados Unidos | México | Centroamérica y Antillas | Pacífico sudamericano | Río de la Plata y Brasil |
|-----|----------------|--------|--------------------------|-----------------------|--------------------------|

Tabla cronológica V

| | | | | | |
|------|--|--|--|--|--|
| 1853 | Presidencia de Pierce | | | | |
| 1854 | Pugna política de la Reforma Intento norteamericano de ocupar Cuba. Declaración de Ostende. | | | | |
| 1855 | Invasión de Walker a Nicaragua. Invasión haitiana a Santo Domingo. | | | | |
| 1856 | Segunda Invasión de Walker. | | | | |
| 1857 | Constitución liberal. | | | | |
| 1858 | Guerra contra la Reforma. | | | | |
| 1860 | Elección de Lincoln. | | | | |
| 1861 | Comienzo de la Guerra de Secesión. Problemas con Inglaterra. | | | | |
| 1862 | Problemas con Inglaterra. Primera proclamación de emancipación. | | | | |
| 1863 | Segunda proclamación de emancipación. | | | | |
| 1864 | Pugna política de la Reforma Intento norteamericano de ocupar Cuba. Declaración de Ostende. | | | | |
| 1865 | Invasión de Walker a Nicaragua. Invasión haitiana a Santo Domingo. | | | | |
| 1866 | Segunda Invasión de Walker. | | | | |
| 1867 | Constitución liberal. | | | | |
| 1868 | Guerra contra la Reforma. | | | | |
| 1869 | Elección de Lincoln. | | | | |
| 1870 | Comienzo de la Guerra de Secesión. Problemas con Inglaterra. | | | | |
| 1871 | Problemas con Inglaterra. Primera proclamación de emancipación. | | | | |
| 1872 | Segunda proclamación de emancipación. | | | | |
| 1873 | Presidencia de Pierce | | | | |
| 1874 | Pugna política de la Reforma Intento norteamericano de ocupar Cuba. Declaración de Ostende. | | | | |
| 1875 | Invasión de Walker a Nicaragua. Invasión haitiana a Santo Domingo. | | | | |
| 1876 | Segunda Invasión de Walker. | | | | |
| 1877 | Constitución liberal. | | | | |
| 1878 | Guerra contra la Reforma. | | | | |
| 1879 | Elección de Lincoln. | | | | |
| 1880 | Comienzo de la Guerra de Secesión. Problemas con Inglaterra. | | | | |
| 1881 | Problemas con Inglaterra. Primera proclamación de emancipación. | | | | |
| 1882 | Segunda proclamación de emancipación. | | | | |
| 1883 | Presidencia de Pierce | | | | |